

NARRATIVA EXTRANJERA ALPHA PECAY OFRECE UNA NARRACIÓN QUE EXPLORA LOS RINCONES SOMBRÍOS Y EL TALENTO DE NINA SIMONE

La voz de la diosa que todo lo presidía

LETRAS ANGLOSAJONAS

El chicle de Nina Simone

Warren Ellis. *Prólogo de Nick Cave. Traducción de Núria Molines. Editorial Alpha Decay. Barcelona, 2022. 232 páginas.*

Encontrarse con la prosa de Warren Ellis (Ballarat, Australia 1965) es toparse con la pulcra inocencia de un niño capaz de creer que su padre ha escrito el padrenuestro. Es acoplar nuestra memoria a la de un soñador cuyo pródigo objetivo es sostener las manos cada vez más deformadas de una mujer irreductible hasta lograr que se transformen en ese espejismo necesario para revalorizar la piel de infinitas generaciones.

Encontrarse con 'El chicle de Nina Simone' es acceder a un territorio en el que la lealtad es el único ADN con el que sus protagonistas quieren cargar: «El público se puso en pie cuando Nick pronunció Doctora Simone y ella salió lentamente al escenario. Fue uno de esos momentos irreales. De esos tras los que sabes que tu vida nunca volverá a ser igual».

Quien no tenga la sensibilidad suficiente para leer este tratado

emocional quizás solo piense que se encuentra frente a la paranoia de un barbudo pasado de vueltas, pero créanme cuando les digo que en este libro hay más literatura que en algunos de los libros referenciados como joyas literarias. Puede ser que estas memorias solo sean fruto de la casualidad, pero que causalidad más extraordinaria ofrecen. Ellis narra despacio, de esa forma en que una estrella del rock silabea su estribillo más célebre cuando cree haber perdido el favor del público.

Para conectar de manera total con este libro debemos aceptar la temporalidad que ofrece, debemos retroceder hasta 1999, hasta el festival de Meltdown de Londres, hasta ese momento en que un falso futuro, la llegada del siglo XXI, estaba a punto de asaltar los calendarios. Hasta un mundo en el que las ilusiones y los ídolos parecían ser los únicos capaces de sostener nuestra felicidad, porque solo así seremos capaces de disfrutar de manera total de este viaje alucinante, que no alucinado, cuajado de realidad, de fechas, de fotos y de poesía (admirable es la conexión entre Simone y Dickinson que el autor expone). De esta biografía originalísima, de este diario de lo que no le pertenece y, sin embargo, la cambia la vida al narrador.



Nina Simone, una de las turbulentas damas negras del jazz. AR. HERALDO

Sin duda, este libro representa la anarquía que solo está al alcance de los románticos: «Nuestras acciones tienen consecuencias, ya sean inmediatas o vengas años después... Diminutas cargas de profundidad que se activan a kilómetros por debajo de la superficie del mar... Acciones que aguardan una respuesta en el fu-

turo. Ideas que esperan que la gente se sume a ellas. Para hacernos imaginar. Soñar. Al clausurar una idea la hacemos infinita».

La devoción por Nina, atemporal y casi lisérgica que fabrica Ellis, pensamiento a pensamiento y movimiento a movimiento, forja una singular cadena humana, una cadena de favores, de piedras

preciosas, de metales preciados, de repeticiones útiles y buenas canciones que acaban por convertir un chicle en una reliquia que no necesita de la presencia de ninguna iglesia para ser venerada por una legión de creyentes por fortuna poco afines a Dios: «Caí en la cuenta de que mi vida musical había empezado con la basura de otra persona». Añade: «Nina Simone era la diosa que todo lo presidía». Warren Ellis posee una sensibilidad poderosamente activa que nos trasmite a los lectores a través de la belleza de un inaudito proceso; asistir a la salvación de un tesoro capaz de definir el porvenir de un hombre: «Cuando vi la primera foto del chicle, le pedí a Hannah que hiciera tantas fotos como pudiera. Me daba la sensación de que estaba floreciendo algo muy bonito. Algunas de sus fotos me recordaron a la flores de Emily Dickinson de su famoso herbario».

'El chicle de Nina Simone' es un libro atípico y excitante. Una semblanza alimentada por la ternura más extrema. El largo epitafio que todos los días hace sonreír a una mujer herida. La oración capaz de salvar a ese niño que acudió presuroso a recoger el chicle sin sabor de una mujer vencida.

SONIA FIDES

FÁBULOS CON LIBRO / JOSÉ LUIS MELERO RIVAS

Juan Antonio Estrada: un precedente de Madoz

Todos conocemos sobradamente aquel 'Diccionario Geográfico-Estadístico-Histórico de España y sus posesiones de Ultramar' que Pascual Madoz publicó en Madrid, en 16 tomos, entre 1845 y 1850. La edición original, muy buscada, me llegó a casa de forma imprevista y gracias a la generosidad de una buena amiga (de ilustre y culta familia zaragozana) que ya no está entre nosotros. Pero hay alguna edición facsímil, al menos de los tomos dedicados a Aragón. La Diputación General de Aragón, en colaboración con Ámbito Ediciones, editó entre 1985 y 1986 los volúmenes dedicados a Zaragoza, Huesca y Teruel, con tres buenos prólogos de Carlos Forcadell, Alberto Gil Novales y Eloy Fernández Clemente, respectivamente; y Prames reeditó en 1997, también en facsímil, como hizo la DGA en esa edición de los 80, el tomo dedicado a la provincia de Huesca.

La información que nos suministra Madoz es extraordinaria para conocer cómo era España a mitad del siglo XIX. Pero el Madoz (como siempre se le ha llamado) tuvo un claro precedente: la 'Población General de España, historia cronológica, sus

tropheos, blasones, y conquistas heroicas, descripciones agradables, grandezas notables, excelencias gloriosas, y sucesos memorables, islas adyacentes y presidios de África', que el melillense Juan Antonio de Estrada publicó en tres volúmenes en 1748.

Esta es la edición que he manejado del libro de Estrada, aunque tuvo una edición el año anterior, también en tres volúmenes, y otra posterior, esta vez en dos únicos tomos, en 1768, en ambas con pequeñas diferencias en el título. Estrada estudió los pueblos y las ciudades de España y nos entregó una enciclopedia histórica impagable que bebía sin duda del libro de Rodrigo Méndez Silva de 1645, también titulado 'Población General de España', aunque con un subtítulo todavía más largo que el de Estrada y que evito referirles aquí para tratar de que sigan leyéndome. Estrada era pagador (así firmó su libro) y veedor del Peñón de Vélez de la Gomera, y residió siempre en Melilla al servicio del rey Felipe V.

En el tomo 2º de su libro, Estrada describió los 'reynos' de Andalucía, Granada, Murcia, Galicia y Navarra, y el «señorío de Vizcaya y provincias de Álava y



Vista de un lugar tan paradisíaco como Alhama de Aragón. JESÚS MACIPE

Guipúzcoa». Y al final de ese tomo le tocó el turno al «celebrado y nobilísimo Reyno de Aragón, cuyos heroicos reyes han dado generosos asuntos a los anales de la Fama», con sus diez

ciudades (Zaragoza «cabeza de todo el Reyno», Huesca, Jaca, Teruel, Tarazona, Albaracín, Barbastro, Calatayud, Daroca y Borja), sus «muchas famosas villas, con infinidad de ricos lugares»,

y sus celeberrimas Universidades en Zaragoza y Huesca, siendo esta última «una de las más antiguas del orbe, floreciendo en todas Ciencias y Letras».

Además de esas diez ciudades, escribió Estrada también –y les dedicó los correspondientes epígrafes– de Caspe, Ejea, Alcañiz, Luna, Monzón, Épila, Ayerbe, Montalbán, Mallén, Fraga, Híjar, Tauste, Zuera, Gurrea, Almudévar, Loarre, Ricla, Sos, Ariza, Monreal, Burbáguena, Belchite, Mequinenza, Sariñena, Acumuer, Alagón, La Puebla de Valverde, Sádaba, Salvatierra, Uncastillo, Aínsa, Cantavieja, Berdún, Quinto, Fuentes, Alquézar, Velilla, El Frago, Buberca, Alhama («que tiene famosos Baños calientes para varias enfermedades»), Bordón, Torrijo, Tiermas (también «con saludables Baños» que curaban «dolores de hizada..., melancolías..., sarna, lepra, detención de menstuo...»), el condado de Ribagorza, Sallent y el Valle de Tena (cuyos habitantes «por su valor y constancia adquirieron el renombre de 'Tenaces'»). Ni rastro de Utebo, que hoy es la quinta ciudad de Aragón y que Madoz sí incluiría en su 'Diccionario' cien años después.